

Las oscuras mitologías del deseo

Banquete sagrado

JOSÉ LUIS GARCÉS GONZÁLEZ
Editorial El Túnel, Montería, 2017,
219 pp., il.

LOS PROGRAMAS de literatura tienen tareas pendientes. Una de ellas consiste en alejarse de las autopistas fáciles de la industria editorial y explorar los caminos secundarios, donde se gestan obras más personales y menos comerciales. Allí, donde la literatura sigue siendo libre, se encuentra atrincherado José Luis Garcés González. Sin pedir permiso a nadie —armado con una editorial y un taller literario—, este autor monteriano sigue nutriendo una obra extensa e intensa cuyos desarrollos y líneas temáticas están por explorar. La colección de relatos *Banquete sagrado* es una de las más recientes adiciones a ese corpus.

Los dos primeros relatos, “Filósofos en la noche” y “Banquete sagrado”, establecen las reglas de juego que dan forma a la colección. Hay, por un lado, referencia constante a un canon occidental de escritores y pintores que acompañan y legitiman el resto de los relatos. Por otro lado, hay una incursión en las oscuras raíces de lo erótico, en su aspecto incivil, incomprensible, inexpressable.

Garcés entiende que en nuestro tiempo toda literatura se reconoce a sí misma como artificio, que la aspiración decimonónica de inventar realidades y creer en ellas resulta hoy tan ingenua como anacrónica. Por eso el primer relato de la colección disfraza tenuemente un ensayo con la supuesta conversación entre el narrador y su amigo, Fernández, quien —en una taberna imprecisa— se propone desnudar a la “filosofamenta universal”, con la intención de “delatarles sus acciones mundanas, sus hechos ocultos y sus vicios más soterrados” (p. 11).

Al elegir a los filósofos como los personajes de su cotilleo, Fernández le da la espalda a “la franja más liviana de la farándula, o de la politiquería o de la burocracia inepta”, para devolverle la centralidad perdida a “todo aquel que tuviera relación con el mundo de la escritura, de la ideología o del arte

serio” (p. 12). Así imagina a Kierkegaard “con ganas animales de penetrar a Regine Olsen” (p. 12), o a Hegel “hormonado y con mujer querendona” (p. 13), o a Sócrates entre el deseo insatisfecho por Aspasia y la cantaleta de su esposa Xantipa, “que de día lo insultaba pero que de noche le abría las piernas” (p. 14), o a Aristóteles cabalgado por la preferida de Alejandro. Y así desfilan César, Kant, Nietzsche, Sartre y Lutero, en actitudes indecorosas y muy humanas, para insinuarnos que los relatos que leeremos nos mostrarán a un hombre de letras cabalgando y cabalgado por sus instintos más oscuros, poderosos y risibles. “Filósofos en la noche” también despliega la poética de un libro cuya unidad es el deseo. Garcés se apoya en la figura de Fernández, y este a su vez en las figuras de Montaigne, Samuel Johnson y Chesterton, para justificar y explicar que lo que hace son “narraciones con brotes de ficción” (p. 11).

En “Banquete sagrado”, el relato que le da título al libro, el narrador va al grano, pero se cuida de caer en la confesión: “No se me acuse de ninguna actitud pecaminosa. De ninguna desviación. No acepto ninguna atrocidad. Pero debo confesar que siempre he mirado con simpatía a las personas que se comen el cuerpo del ser amado” (p. 19). Luego se dedica a describir la fruición, el deleite y hasta la disciplina con que el hipotético comensal —los caníbales sin sentimiento no le interesan, lo suyo es “todo un ceremonial” (p. 19)— devora poco a poco al ser amado. Como en una especie de manual de instrucciones, se nos dice que todo debe hacerse con los dientes y las manos. Seguir leyendo es aceptar una invitación, nos hace parte de la ceremonia. El narrador está contra toda prisa y vulgaridad en la ceremonia. Elogia su paradójica libertad: “Las costillas, como semejan una cárcel, se desprecian. No se quiere nada con rejas” (p. 22). En el banquete sagrado “las nalgas son el gran banquete” (p. 21). Quizá por eso reciben tanta atención en los relatos siguientes, sobre los cuales seguirán gravitando las reglas de ese juego de referencias con el arte para internarse en las oscuras mitologías del deseo.

Los relatos son casi todos breves, despojados de referencias históricas

o espaciales; son como excusas para explorar aspectos precisos de ese banquete en que los amantes se devoran. En “Ella se sienta desnuda a escribir”, devorada la amante, el autor se regodea en el placer corporal de una mujer que escribe: habita su cuerpo y se deleita con el éxtasis de la creación. En “Dos pequeñas hogueras de invierno”, un encuentro callejero se transforma en cacería, en elogio de la mujer madura, veterana. También en renuncia, a la manera del seductor de Kierkegaard, para que la realidad mundana no destruya la belleza del deseo. En “Las indescifrables razones del amor” se explora la extraña abnegación de ciertos enamorados. El narrador ofrece los hechos sin juzgar. Cuenta la historia de un hombre y una mujer que se conocen en una caseta. Él se empeña en conquistarla, en casarse con ella. Ella tiene dos hijos de hombres diferentes, advierte que tiene compromisos, pero acepta el reto, la propuesta del hombre. La mujer sigue viviendo según su naturaleza y el hombre reacciona con violencia cuando descubre que ella lo engaña. Se separan, se alejan, pero vuelven a vivir juntos. Ella queda embarazada de otro hombre y regresa junto a él: “Él la quería, la quiere mucho, para qué dudar” (p. 48).

“Angelita Berilio, la pantera de vidrio” es el más largo y quizá el menos logrado de los relatos. La trama, entre amorosa y criminal, jadea y se repite en torno a unos hechos que —nos consta, a juzgar por los demás relatos— el autor pudo haber condensado. En ese mundo regido por las leyes, del que este libro se aleja, el relato sería la descripción de un feminicidio. Pero lo que vemos aquí es una exploración de las fuerzas tenebrosas que desata el deseo, de la facilidad con que caemos en la complicidad y, en especial, de lo amenazante que resulta una mujer con agencia y dueña de su cuerpo.

La caricia más profunda, el “orificio secreto”, el cuerpo visto con mirada poética y también naturalista, todo se da cita en esta colección donde el narrador es siempre el mismo hombre de vida muy vivida, incapaz de dedicarse a una sola persona, con preferencias muy precisas, nostálgico, abierto a la osadía. Incluso en el monólogo coprológico de la señorita

RESEÑAS		CUENTO
<p>Lira, en “La hora del cuerpo feo”, se siente la presencia de esa mirada masculina que encuentra deleite en esa “diosa deseable pero intocable” (p. 85), entregada a la más indecorosa de las funciones del cuerpo. También, en la ceremonia lésbica de “Abexa y la señorita Prat”.</p> <p>En “Los consejos de la tía”, se insiste en que el deseo no se rige por las leyes o la moral, ni por el decoro o la conveniencia. Todos los consejos y admoniciones de la tía se vienen al suelo cuando una de sus sobrinas la descubre haciendo, “con el animalejo de su nuevo marido” (p. 93), aquello que decía que no debe hacerse.</p> <p>El hombre adinerado que muere sobre su amante, las sutilezas del arte del <i>striptease</i>, la mujer solo un poco mayor que fue objeto de los deseos más intensos de un adolescente, una mujer que le ponía corbata a su “sexo velludo”, una pareja que busca jovencitos para su propio goce, las sutilezas del mercado de afrodisíacos, la última vez de unos amantes que cada cierto tiempo cumplían una cita junto al mar, el innegable y fugaz erotismo de la relación maestro-alumna, la nostalgia por la amante muerta, la mentira que yace en la frase “si te mueres, me muero”, son algunos de los aspectos de la ceremonia que Garcés González explora en este libro. El viaje se cierra de nuevo con Fernández, en “Breve apología del vello púbico”, donde el título lo explica todo.</p> <p>En tiempos en que la crítica literaria quiere tornarse en policía moral y guardiana de la corrección política, este libro nos recuerda y reivindica la libertad esencial del acto creador. El lenguaje es fino, consciente, veterano, pero no carece de giros desconcertantes. Al lado de ligerezas que uno quisiera no encontrarse: “dejé caer mis dos manos” (p. 77), aparecen expresiones que no es fácil reconocer como poesía o disparate: “despernancó los ojos” (p. 97), “hice con ellas [las nalgas] las más crueles imaginaciones” (p. 77), “el juramento duró dos meses” (p. 47). Pero incluso esas idiosincrasias se agradecen, en tiempos en que los cursos de escritura creativa han hecho prosperar la uniformidad.</p> <p>La colección incluye reproducciones en blanco y negro de desnudos femeninos de pintores como Rubens,</p>	<p>Modigliani, Tiziano, Picasso y Degas, al lado de obras anónimas o de artistas menos conocidos.</p> <p>Gustavo Arango</p>	